



## LA LIBERACION DE LA MUJER

Una de las más importantes revoluciones con la que es preciso contar es, sin duda, la del Movimiento de Liberación de la Mujer. Hay hombres que la toman a broma, pero otros muchos se preocupan. Por ejemplo, mi amigo Rowland. Hace pocas noches me encontré con él en una cantina, y me dijo:

- No sé qué hacer...  
 —¿Pues?  
 —Amo a mi esposa, pero creo también en el Movimiento de Liberación de la Mujer.  
 —¿Qué es lo que dice? —le pregunté.  
 —Que las mujeres tienen razón.  
 —¿Razón en qué?  
 —En afirmar que el matrimonio es algo no deseable para ellas, ya que ninguna mujer debería atarse a un solo hombre.  
 —¿Eso dicen ellas?  
 —Por supuesto. Y, vistas las cosas desde su lado, no dejan de tener razón. ¿Por qué mi mujer debe tenerme sólo a mí, cuando puede haber otros hombres que se la merezcan tanto o más que yo?  
 —Rowland —le dije—, ¿está usted seguro de que ese Movimiento ha sido organizado para compartir maridos?  
 —Ciertamente —repuso convencido—. La mayoría de nosotras hemos considerado a las otras mujeres con una "negligencia benévola" durante años. Y ahora estamos pagando las consecuencias. Manteniendo en casa el statu quo, hemos alentado a mujeres menos afortunadas a que adoptasen medidas radicales en orden a obtener a través de la revolución lo que no pudieron conseguir mediante las elecciones. Uno está muy lejos de poder censurarlas por desear participar en la acción.  
 —Es usted un verdadero liberal, Rowland —le dije conmovido.  
 —Me he hecho más realista. Durante años, como la mayoría de los hombres casados, estuve ciego ante la opresión de la mujer. Sabía muy bien que se hallaban encadenadas, pero temía hablar, y más actuar, en su favor. Me aquietaba a mi mismo diciéndome: "Si puedo mantener feliz a mi propia esposa, ya es bastante". Pero vivía en una permanente mentira. No hay más camino, para la auténtica igualdad de los sexos, que el tratar de hacer feliz a toda mujer sin reparar en los sacrificios que ello exija.  
 —Es muy hermosa lo que dice, amigo Rowland.  
 —Cuando las mujeres piden ser liberadas —prosiguió—, ¿qué es lo que quieren en el fondo? Ser, ni más ni menos, tratadas como seres humanos. Desean dignidad, comprensión, en una palabra, alguien que se ocupe de ellas. Si esto exige una revolución, digo que me apunto ahora mismo.  
 —No estará usted —supongo— invocando la violencia.  
 —No. ¡Qué va! No estoy a favor de la violencia por la violencia. Pero si una mujer se pone violenta respecto a mí, no voy a entregarla a las autoridades. ¿O sí?  
 —Claro que no. Pero, dígame, ¿cómo cuántas mujeres espera liberar?  
 —Ya no soy tan joven —dijo modestamente—. Pero liberaré todas las que pueda. Sí, todas.  
 —¿Es usted un santo, Rowland? —le confesé.  
 —No hago más que lo que debo hacer. Llega el momento en que el hombre debe luchar por sus convicciones.  
 —Y dígame, Rowland, ¿ha cambiado impresiones sobre este asunto con su esposa?  
 —Eso es lo que precisamente estaba tratando de decirle a usted. Estoy solo en la ciudad esta noche...

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

del crédito, depósito previo a las importaciones, encarecimiento, dinero, etc.) —un plan de estabilización, en definitiva—, como consecuencia de los desequilibrios y desajustes que vuelven a caracterizar el crecimiento de la economía española desde el segundo trimestre de 1968. Medidas que necesariamente, como en otras ocasiones, han sensibilizado al mercado bursátil, y quizá de una manera especial ahora por los altos niveles de cotización de muchos valores, dada la estrechez del mercado, por una parte, y los fuertes incrementos de la demanda —a través, sobre todo, de los Fondos de Inversión—, por otra.

En segundo lugar, hay que subrayar también otros factores, de naturaleza diferente, que contribuyen a explicar los hechos antes apuntados. Como se sabe, hasta comienzos de la década de los años sesenta, las cotizaciones de los diversos valores venían dadas en función, principalmente, de los dividendos, mecanismo que puede reputarse ciertamente más ortodoxo —dentro del papel atribuido al mercado de capitales en el contexto del sistema económico vigente— que el que va a predominar durante toda la última década, basado, fundamentalmente, en el mecanismo especulativo de las ampliaciones de capital. Este mecanismo, en efecto, del que se pueden encontrar algunos significativos precedentes históricos, se acelera bruscamente a raíz de las limitaciones impuestas por la Ley de Ordenación Bancaria de 14 de abril de 1962, llegando a constituir la principal forma de manifestación de la acumulación de capital a que da lugar el crecimiento inflacionista de la economía española de los últimos años, proceso que se acentuará aún más con la entrada en vigor de las normas sobre Regularización de Balances (reparto gratuito de acciones, etc.) hacia 1965. No es necesario advertir que este proceso —heterodoxo y especulativo— no podía prolongarse indefinidamente, entre otras razones, por la caída vertical de los dividendos que él mismo genera, como ha sido puesto de manifiesto, al fin, por los propios interesados (véase declaraciones del presidente del Banco Hispano-Americano en la última Junta General de accionistas); al mismo tiempo que ponía

en peligro —a largo plazo— la propia estabilidad financiera de las sociedades que, en mayor medida han hecho uso y abuso de tales mecanismos (grandes Bancos, algunas empresas constructoras, etc.). Pues bien, es precisamente en los últimos meses cuando, coincidiendo con repartos menos atractivos en las ampliaciones de capital y con el retorno de algunas entidades a las ampliaciones con prima (impuestas a veces, por los propios Fondos de Inversión a las empresas, en defensa de una mayor ortodoxia financiera), se empiezan a registrar deterioros más o menos sustanciales en las cotizaciones de algunas entidades bancarias, sin que, por supuesto este fenómeno explique por sí solo la brusca caída de las últimas semanas.

Por último, junto a los anteriores factores, ligados a la coyuntura o a la propia naturaleza del mercado bursátil, vienen señalándose, en diferentes sectores de opinión, otras serie de hechos que podrían ayudar a explicar esas fuertes bajas que para muchos resultan enigmáticas. Algunas preguntas insistentes están aún sin contestar: ¿Cómo es posible que, dado el fuerte control que ejercen los Fondos y, sobre todo, la Banca sobre las cotizaciones, no se haya detenido la crisis actual? ¿Puede interpretarse la misma como una reacción de diversos grupos financieros ante previsible medida: fiscales del Ministerio de Hacienda orientadas a frenar los mecanismos especulativos? ¿Hasta qué punto puede hablarse de tensiones entre el Ministerio de Hacienda y determinados sectores de la Bolsa y de la Banca? ¿Por qué las compras de la Junta Sindical excluyen a los valores bancarios, los más afectados por la caída?...

En cualquier caso, e independientemente del curso que sigan los acontecimientos en los próximos días, será la clase media (la última en incorporarse a la Bolsa, después de su alejamiento con la crisis de 1947) la que primero se verá afectada por la actual coyuntura esa «sufrida» clase media que, una vez más, verá así alejarse las oportunidades que ha brindado, durante los años 60, un mecanismo especulativo —las ampliaciones de capital—, cuya utilización ha comen-

## ¡DESPIERTA, EVA!

En la pequeña ciudad holandesa de Arnhem ha tenido lugar el Primer Congreso de las Dolle Minas (Las Locas Guillerminas), movimiento que toma su nombre del de la promotora del sufragio femenino, Guillermina Druker, en el pasado siglo. Las trescientas delegadas que han asistido a este tumultuoso congreso intentaron, a lo largo de sus sesiones, casi caóticas, trazar un programa que dé a cada cual, sin distinción de sexo, «idénticas oportunidades de autodesarrollo en medio de la lucha social». Tras la clausura del congreso, desfilaron por las calles de Arnhem, llevando pancartas en las que se leían cosas como «¡Eva, despierta!» y «¡Viva el aborto!».